

Siete características de las bibliotecas del futuro

Anacrónica

'Anacronismo', etimológicamente, significa 'contra el tiempo'. Por su voluntad de preservar y de atesorar, la biblioteca es esencialmente anacrónica. En su nombre persiste el libro (biblion), pero hace tiempo que la institución se abrió a otro tipo de soportes (revistas, diarios, discos, deudevés), de contenidos (mediáticos, musicales, audiovisuales) y de expansiones (actividades culturales, redes sociales, formación, asesoramiento). Su nombre es, por tanto, anacrónico. Como lo es, también, su naturaleza. La biblioteca entiende que su trabajo con textos es un servicio a la comunidad. Exceptuando las de las universidades privadas, la gran mayoría de las bibliotecas son públicas. Y en el nuevo contexto internacional, en que las grandes plataformas textuales – a excepción de Wikipedia – son por lo general privadas y tienen ánimo de lucro, adquiere una particular importancia esa misión de servicio a la comunidad.

Hay que defender, por tanto, esa doble naturaleza encantadora y necesariamente anacrónica. Hay que apostar por la centralidad del libro en papel en el sistema simbólico que es toda biblioteca, porque es el código el que da identidad al espacio y lo vincula con su tradición. Y hay que recordar que la biblioteca es una institución democrática, que permite el acceso a la información y al conocimiento a todos los ciudadanos por igual, un bien común, que no debe ser evaluado según los criterios cuantitativos a los que nos ha acostumbrado el pensamiento neoliberal y el algorítmico, sino según criterios de calidad, técnica y sobre todo humana, aunque parezcan también anacrónicos.

En tiempos de Netflix y Facebook, pero también de los Estados-nación o los paseos por los parques o las montañas, es decir, en tiempos de convivencia entre instituciones, prácticas, estéticas y tecnologías de épocas diversas, en un mismo presente fascinante, las bibliotecas deben defender el encanto de lo anacrónico, el valor de lo humanístico y lo libresco, su esencia analógica y digital. No hay que olvidar que la primera acepción de digital es: 'perteneciente o relativo a los dedos'. Desde los ojos y los dedos, desde el papel y los libros, el mundo contemporáneo se va abriendo en círculos concéntricos, hacia los dispositivos y las pantallas, las redes locales y globales, los satélites y el big data.

Conversacional

Durante siglos la biblioteca fue monopolizada por el silencio. Fue un recinto de lectores callados, de estudio concentrado, de diálogos mentales entre lectores y lecturas; a lo sumo de conversaciones en voz baja entre los usuarios y los bibliotecarios. En los últimos años esa idea se ha agrietado y no hay visos de que esa grieta vaya a retroceder, sino todo lo contrario.

La conversación ya no se da solamente entre lectores y textos (o entre textos y textos a través de lectores), sino entre lectores y escritores, entre lectores y trabajadores, entre lectores y lectores o incluso entre ciudadanos que no acuden a la biblioteca en busca de lectura,

sino de información. En silencio, en voz baja y en voz alta: las bibliotecas son ahora espacios de multiplicidad sonora. Hay que pensar nuevas arquitecturas que acompañen esas conversaciones y sus músicas. Tal vez las salas de lectura tradicionales deban seguir existiendo, para recordar – como los códices – el ADN y, con él, el sentido; pero a su alrededor proliferan otros ámbitos de intercambio y de diálogo e incluso de manufactura o de consumo audiovisual.

Tal vez la conversación principal deba darse entre espacios y espacios, para que la biblioteca sea entendida como un todo orgánico, sin separaciones forzadas en clave de barreras arquitectónicas entre ámbitos de lectura, de estudio, de formación, de exposición o de comunicación. La forma de la biblioteca debe ser la paradigmática de nuestra época: una red. Una red horizontal y de escala humana. Donde tenga cada vez más importancia el audio. La tercera década del siglo XXI va estar marcada por el podcast, los mensajes de audio, los asistentes de voz. La biblioteca del futuro debe incluir una dimensión sonora, que cubra tanto los audiolibros y la música como las conversaciones de vida voz. Esa intimidad y esa comunicación van a ser importantísimas.

Digital y postdigital

Al menos desde Aristóteles, tal vez el primero que pensó en un sistema de ordenación de sus propios libros (que probablemente inspirara el de la Biblioteca de Alejandría), la biblioteca ha sido un resumen del conocimiento sobre el mundo. Un resumen del universo conocido. La invención de la imprenta multiplicó exponencialmente, a partir de finales del siglo XV, la cantidad de información y de conocimiento, pero la mantuvo al alcance de la mano y de la imaginación, contenida en las mayores bibliotecas del mundo. La invención de internet, a finales del siglo XX, ha multiplicado absurdamente lo que sabemos, hasta convertir todos esos datos en una nube virtual, inabarcable, imposible de imprimir y de archivar en un único espacio.

Nos encontramos en un proceso imparable de datificación del mundo. En un tránsito acelerado del antropocentrismo al códigocentrismo (la realidad administrada por algoritmos y máquinas). La biblioteca no puede ni debe competir con internet. Por eso debe estar, al mismo tiempo, conectada y desconectada, ser tanto un lugar de acceso a la dimensión digital del mundo como un espacio seguro, corporal, sensorial, sin píxeles. No está nada claro que el futuro de la lectura pase exclusivamente por la pantalla. La convivencia del papel y de las plataformas digitales va a ser duradera. Los fanzines siguen teniendo vigencia; y muchas revistas apuestan por el papel, o bien desde el origen del proyecto o bien tras constatar que es muy difícil la viabilidad económica exclusivamente en soporte digital. La velocidad de la digitalización del mundo es tremenda, y no ha hecho más que crecer durante la pandemia; la de nuestros cerebros para asimilarla es muchísimo menor. Seguimos tomando notas a mano; dibujando croquis y esquemas para entenderlos; subrayando para recordar.

Por eso me gustó tanto descubrir, en la bellísima e innovadora biblioteca Hyundai de Seúl dedicada al diseño, cajas en todas las mesas con lápices y hojas en blanco. Las otras tres bibliotecas de ese proyecto innovador son también temáticas y buscan también el equilibrio entre la teoría y la práctica: están consagradas a la cocina, el viaje y la música y, en ellas, se puede – respectivamente – tanto leer sobre alimentos y cocina como cocinar y comer; viajar virtualmente y degustar platos exóticos; y o escuchar discos de vinilo y asistir a conciertos. La biblioteca como gastroteca, cartoteca o discoteca. La importancia de la conexión entre las manos y los ojos para ser lectores y makers, creativos.

Activa

Como recuerda Irene Vallejo en El infinito en un junco, la biblioteca de Alejandría era muchas otras cosas: lugar de culto, museo, academia, escuela de traducción, residencia de sabios, palacio. Los rollos probablemente estuvieran en un almacén y fueran lo menos icónico y representativo de la institución. Lo que más importaba era la actividad humana. Al menos desde Aby Warburg, somos conscientes de que una biblioteca también es un sistema de interacciones. Esa conciencia ha llevado al diseño de espacios relacionales en que los libros y el resto de documentos dialoguen entre sí, provocando conexiones inesperadas en el cerebro del lector. Y la transformación de las bibliotecas, que durante siglos olvidaron su origen híbrido en Alejandría, en auténticos centros culturales.

La mediación puede ser directa – a través de itinerarios de lectura, de exposiciones artísticas o divulgativas, de instalaciones temporales, de bibliotecarios y otras figuras interfaces – o indirecta – a través de atmósferas, performances, situaciones espontáneas o arquitecturas permanentes –; pero siempre es necesaria y, por extensión, siempre debe ser evaluada, de cara a mejorar las estrategias de estímulo y de conexión.

La biblioteca no es un espacio pasivo, sino activo. No es un almacén, sino un laboratorio. No es un escenario, sino un gimnasio, un local de ensayos, de prueba y error a la espera del momento eureka. El usuario debe disponer a su alcance de todos los elementos que, combinados, le conduzcan a su propia fórmula. Cuanto más estimulante, más aceleradora de partículas y de proyectos.

En la mediateca del centro cultural Tabakalera, en San Sebastián, España, lo tienen claro: en las estanterías, ordenados por temas, se encuentran los libros junto con los cedés o los juegos de mesa. Los mediadores son también mentores y makers que te dan clases particulares de literatura o de diseño de drones. Y entre las mesas de lectura hay sofás con televisores para ver películas o jugar a videojuegos o baterías para tocar música. Eso sí, con los auriculares puestos y sin hacer ruido.

Ágora e interrogativa

Acabó la larga época de las bibliotecas como catedrales. De los templos del silencio. De los bibliotecarios en su pedestal. Como constata Marina Garcés, la filosofía ha regresado a la calle, a la plaza. La biblioteca debe ser un lugar de encuentro y de discusión, un ágora (otro necesario anacronismo). Un ágora conjugada en modo interrogativo. Borges diría: inquisidora. Es fundamental que la biblioteca del futuro se vea a sí misma como una sucesión de interrogantes. Nada debe darse por sentado. Tanto el ideario como la metodología deben basarse en la formulación constante de preguntas.

Los cambios son vertiginosos: solamente los proyectos abiertos son los suficientemente flexibles como para irse adaptando en tiempo real a los desafíos que van generando la tecnología y la sociedad y los virus. Por eso la biblioteca del futuro será siempre una biblioteca inacabada, una biblioteca en proceso, una biblioteca abierta. Tanto en su dimensión conceptual, en su ideario y en su imaginario, en sus programas públicos, en sus políticas de adquisición y en sus líneas de actuación; como en su dimensión física. Es importante reservar zonas vacías, o indefinidas, que aseguren la adaptabilidad y que prevean con espacio el aumento del fondo documental o la demanda de espacios de reunión o la transformación temporal. También importa crear espacios abiertos, verdes, seguros, que permitan organizar eventos en los nuevos tiempos covid. Su éxito depende de su constante adaptabilidad.

Vivimos en tiempos provisionales, precarios. Tiempos de bibliotecas móviles, de bibliotecas urgentes en plazas ocupadas, de bibliotecas portátiles que puedan montarse rápidamente para que formen parte de campamentos de refugiados o de hospitales de campaña.

Por eso siempre recuerdo el proyecto Bibliotecas móviles por la paz, que adaptó los módulos diseñados por Bibliotecas sin fronteras, y los trasladó en helicóptero y por otros medios a zonas arrasadas por la guerra en Colombia. Se trata de propuestas híbridas, que mezclan el aula, la mediateca, la biblioteca, el taller y el ágora. Se trata, sobre todo, de espacios interrogativos, críticos: en el sentido etimológico de la palabra, implican distancia y juicio. Al tiempo que dan acceso a la formación o a la cultura, crean esferas de diálogo y de reconciliación.

Interespecies

En el contexto de la Covid-19, de la deforestación de la Amazonía o del descenso del hielo en los polos, que es paralelo al contexto de la emergencia de los algoritmos y las inteligencias artificiales, esas ágoras tienen que incluir a las inteligencias no humanas. Porque en nuestras conversaciones con otros seres humanos y con los textos que escriben los vivos o que escribieron los muertos tenemos que prepararnos para las nuevas conversaciones de nuestra época: con otros seres, animales, vegetales o tecnológicos. Las bibliotecas son los ámbitos idóneos para el encuentro de todos los participantes de la gran discusión de nuestra época: la del Antropoceno y la vida 3.0.

Si los tejados de las bibliotecas acogen huertos urbanos o pequeñas reservas ecológicas, con hoteles de abejas o estanques; si en sus paredes hay jardines verticales; si en su interior encontramos invernaderos y laboratorios, podremos pasar en ellas de leer libros o ver documentales sobre sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal, fúngico o animal a ver con nuestros propios ojos cómo se articulan esas formas de percepción y de procesamiento de la realidad en colonia, en colmena, en red, zoológicas, no humanas. También la robótica y la programación pueden tener su lugar en las bibliotecas del siglo XXI. Su espíritu libresco y humanístico les brinda la autoridad y las herramientas para convertirse en observatorios interdisciplinarios del presente.

Uno de mis espacios favoritos de Barcelona es el Materfad, un archivo de materiales, una mate-rioteca donde se pueden encontrar, tocar, observar, estudiar más de 3.500 materiales diferentes. Otro es el Museu Blau, un museo de ciencias naturales, cuya azotea ha sido sembrada de verde y llenada de agua durante este año pandémico, para combatir el calor del verano e incrementar la biodiversidad urbana. Espero que el proyecto de la gran Biblioteca Provincial de Barcelona, cuya ejecución se ha demorado durante años, se actualice durante los próximos meses e incluya ese tipo de iniciativas, que nos recuerdan el origen biológico del papel, su pertenencia a una red ecológica y la conexión de los lectores humanos con el resto de animales.

Transmedia

La triple crisis de este cambio de siglo, la tecnológica, la económica y la ecológica, han redefinido la relación de la sociedad con los espacios del conocimiento. Al mismo tiempo que dejaban de tener sentido los grandes locales de las cadenas de librerías, se volvían indispensables las pequeñas librerías de barrio, independientes, comunitarias y de autor. Las bibliotecas catedralicias, en edificios icónicos y monumentales, también perdían un sentido que era ganado por las bibliotecas de escala humana, conversacionales, horizontales, móviles, adaptables, que no intentan competir con esa nueva catedral, infinita y abstracta, apabullante y matemática, internet, sino que construye relaciones posibles entre las per-

IL CORSIVO

sonas y los textos a través de espacios mutantes y acogedores, formulando preguntas y proporcionando las herramientas para construir respuestas provisionales, en un contexto de nuevos diálogos. Diálogos abiertos en espacios abiertos, inacabados, en proceso.

Mientras las sucesivas cuarentenas impulsaban durante 2020 la digitalización de la cultura y la enseñanza y multiplicaban las comunidades virtuales, las bibliotecas se han tenido que adaptar al nuevo ecosistema mediático. Ha aumentado, por ejemplo, el préstamo de audiolibros, libros electrónicos o películas en línea. Y las bibliotecas han intensificado su presencia en sus redes sociales. Siguiendo el camino que abrió la Biblioteca Pública de Nueva York con sus 'insta novel', adaptaciones de libros a formato 'story' de Instagram, capítulo por capítulo, muchas instituciones del mundo se han dado cuenta de que deben incentivar la lectura de los modos más creativos posibles. Y reactualizar constantemente su naturaleza transmedia.

Como nos recordó Henry Jenkins, lo que importa de la producción transmedia es la convergencia mediática. Que todos los relatos, que todas las historias, que todos los personajes, que la marca en toda su complejidad acabe convergiendo en el mayor número de personas. En sus cerebros, intelectuales y emocionales. Desde Alejandría, las bibliotecas han sido híbridas, transmedia. No deben olvidar su misión histórica: alimentar el conocimiento. Son archivos, centros culturales, ágoras, laboratorios, escuelas, interfaces, traductores interespecies, productoras de contenidos, universidades anacrónicas y no obstante contemporáneas. Las llamamos 'bibliotecas', porque no existe una palabra mejor. Y están cargadas de futuro.

Jorge Carrión

Ai fini della citazione, utilizzare esclusivamente il testo in lingua italiana, che presenta il DOI, la paginazione, l'abstract e gli altri dati ufficiali.

When citing, please always refer to the Italian translation only, complete with DOI, page numbers, abstract and other data.

[Jorge Carrión, *Sette caratteristiche delle biblioteche del futuro*.

AIB studi, vol. 60 n. 3 (settembre/dicembre 2020), p. 521-525. DOI 10.2426/aibstudi-13008]